



El imperfecto
laberinto del amor
Alejandra Laurencich

**FACTOTUM
EDICIONES**



El imperfecto
laberinto del amor

FACTOTUM
EDICIONES

Laurencich, Alejandra

El imperfecto laberinto del amor / Alejandra Laurencich. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Factotum Ediciones, 2022.

296 p. ; 23 x 14 cm. (Fictio)

ISBN 978-987-4198-40-2

1. Narrativa. 2. Literatura Argentina. 3. Novelas. I. Título.

CDD A863

© Alejandra Laurencich, 2022

© Factotum Ediciones, 2022

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Cuidado de edición: Luciano Páez Souza

Foto de tapa: *Mujer Ángel, Desierto de Sonora*, de Graciela Iturbide

Retrato de la autora: Marcelo Pedroza

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo De Losa

Asistencia editorial: Fernando Ozón

Corrección: Anna Souza

ISBN 978-987-4198-40-2

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

FACTOTUM
EDICIONES

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



El imperfecto
laberinto del amor

Alejandra Laurencich

FACTOTUM
EDICIONES

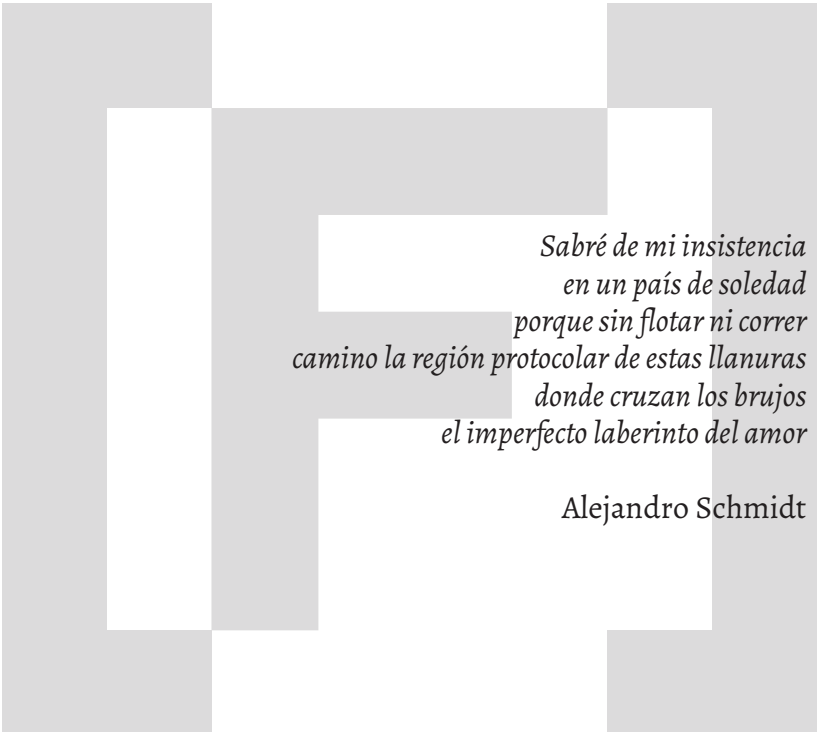




A Francisco y a Rocío, a Marcelo.

A quienes aman o han amado
sin medida ni remedio.

FACTOTUM
EDICIONES



*Sabré de mi insistencia
en un país de soledad
porque sin flotar ni correr
camino la región protocolar de estas llanuras
donde cruzan los brujos
el imperfecto laberinto del amor*

Alejandro Schmidt

FACTOTUM
EDICIONES

PARTE I

Toda vez que entra a la estafeta Mariana se pregunta cómo es posible que en plena década del noventa, a sólo siete años del cambio de milenio, no tengan una oficina de correo en ese pueblo. Cómo pueden tomar en serio el boliche minúsculo y siempre vacío que tanto sirve para despachar cartas, comprar espirales o llevar radios, secadores de pelo o cualquier otro aparato a arreglar. Está viviendo en el culo del mundo, realmente. La idea le causa gracia pero le hace sentir orgullo también, porque cada día que pasa desde que llegó a ese rincón perdido de la provincia de Córdoba, hace más de un año, con intenciones que se acercaban peligrosamente a la del suicidio, significa una victoria, un punto a su favor.

Sigue siendo una turista ahí, la gente suele darse vuelta para mirarla cuando la ve llegar, acaso por el pelo rubio que le cae hasta la cintura, o por el ímpetu con que se mueve, o porque fuma –tan jovencita y fuma, ha oído decir–, pero acá, en la estafeta, el viejo que atiende la ignora. Está en la trastienda desarmando una plancha, seguro que no la vio entrar.

Ella se queda esperando mientras se alisa el pelo, un poco avergonzada al darse cuenta de que, pese a sus veintitrés años,

todavía se despierta los 6 de enero con la ilusión infantil de un regalo de Reyes. Por eso vino caminando los cuatro kilómetros que bordean la ruta, esta mañana ventosa y un poco extraña, bajo ese cielo oscuro, amenazante. Para ver si su familia le ha enviado alguna encomienda desde Capital, alguna cosa que le alegre el día o la sorprenda.

La serenidad de la estafeta la va apaciguando. Le gusta la rutina sin sobresaltos en la que se vive ahí. La de la casa de su tía Elsa incluso: el trabajo con los cultivos en la huerta, el noticiero de las ocho marcando el paso de los días, la pizza del sábado señalando las semanas que se van. Una vida de viejas, piensa: su tía acaba de cumplir sesenta. Pero a todo se acostumbró Mariana con el tiempo, incluso a la falta de teléfono; en la finca, como único entretenimiento está la televisión, un grabador de doble casetera y la bibliotequita donde hay libros que ella ya se conoce de memoria: el de Sor Juana Inés de la Cruz, el de Góngora, algunas novelas policiales. Silencio y recuerdos para las dos. Mejor eso que someterse a un tratamiento psiquiátrico, pastillas y sesiones con el tarado de Andrade, como tuvo que hacer alguna vez.

Enciende un cigarrillo y se dedica a observar las cajas de lamparitas alineadas, los carteles, la letra de viejito tembleque pero prolijo; los anuncios de publicidades bizarras, ya descoloridas por los años. Por la radio están pasando un alerta meteorológico, ella larga el humo despacio, hacia la trastienda, pero el viejo ni se mueve. No sólo sordo, tampoco tiene olfato, piensa sonriendo, con un poco de impaciencia ya. Tormentas eléctricas y vientos del sur, sigue anunciando el locutor con esa voz provinciana y pomposa, se recomienda a la población mantenerse a resguardo. El viejo se pone dos tornillos entre los labios y gira una tuerca.

Ya han pasado catorce meses desde aquella tarde en la que Alejandro la alcanzó a la terminal de micros de Capital. Quiero pensar qué mierda voy a hacer con mi vida, le había dicho ella,

y él, su marido fiel, como le gusta llamarlo a la tía Elsa –aunque a Mariana esa forma le suena a la que la gente usa para los perros–, le aseguró que la esperaría en Buenos Aires, que no iba a prohibirle replantearse las cosas, que se tomara el tiempo que fuera necesario, pero que cuando volviera, lo hiciese con una decisión definitiva.

Ahora, cree Mariana, ha llegado a esa instancia. Llamarlo. Decirle que venga a buscarla, que ya pensó suficiente, que se curó gracias al cariño de esa vieja que la cuida como a un tesoro, sin juzgarla ni darle consejos sobre cómo comportarse; la curó la vista imponente de las Altas Cumbres, coser en la máquina Singer, la vida sencilla de un pueblo de Traslasierra. Tiene que llamarlo. Ale y su abrazo de oso, Ale y su forma de sonreírle, de mirarla con ese gesto calmo y bonachón.

Mariana fuma y mira hacia la vidriera. No es muy linda la idea de alguien bonachón, está pensando. Suena a barrigón, un tipo sentado a una mesa de ravioles con tuco, eructando bajito. No, Ale era bueno, no bonachón, aunque a veces se comportaba como uno. Pero por qué empezar con las dudas, qué bronca le da eso. Por qué no enfocarse en esa armonía que habían logrado cuando vivieron juntos, una pareja de recién casados que los vecinos adoraban, aunque fueron pocos meses.

Cierra los ojos y orienta sus pensamientos a las ganas de abrazar ese cuerpo robusto, como de un chico que ha crecido de pronto y no sabe qué hacer con tanta espalda, tanto brazo y masculinidad. Quizá mañana, hoy mismo, pueda llamarlo y decirle: Vení a buscarme, Ale, quiero volver con vos. Sí, mejor que deje de dar vueltas. Su futuro es seguir siendo la señora de Alejandro Abruzzelli.

El viejo ahora prueba la plancha: se moja el dedo y lo acerca a la superficie, está satisfecho, es claro que hizo las cosas bien. La escena de ese cuarto parece impregnada de la serenidad que pronostica la elección de una vida al lado de Ale. En la radio anuncian al grupo Mocedades. La regocija el fugaz recuerdo de

su madre trayendo a casa discos simples de cantantes o grupos españoles: Luis Aguilé, Rafael, Mocedades. Ella era una nena feliz por esa época. Vamos a escuchar un tema que fue éxito mundial en el año 1971, lo compartimos con ustedes, dice ahora una locutora. La canción invade la estafeta, se escucha la voz clara de la cantante: *Como una promesa, eres tú, eres tú..., como una mañana de verano...* Mariana siente el ahogo. No es su infancia ni a su madre lo que evoca ahora, sino a Luis. *Así, así, eres tú.*

Da una pitada ansiosa al cigarrillo. Por qué, si en todo ese tiempo pudo desechar absolutamente la idea de intentar algo con él, le pasan cosas como esas, suena una canción estúpida de otra época y ella se estremece como si lo tuviera enfrente, como si no hubiera más felicidad en el mundo que la de alzar la mano hacia su boca, con la otra buscar la piel de la cadera; lo que podría hacerle de tenerlo ahí y cantarle eso: *toda mi esperanza eres tú, eres tú, como lluvia fresca en mis manos.* Dios, mierda. Debe tratar cada uno de los pensamientos que le recuerdan a Luis como hacen los alcohólicos frente a un vaso de vino, ya se lo había aconsejado el doctor Andrade, una de las pocas cosas en las que el muy tonto acertó.

Golpea las manos con energía. El viejo se quita los anteojos y la saluda con un gesto de sorpresa.

—¿Llegó alguna encomienda? —grita Mariana para tapar la canción.

El hombre asiente y se levanta rápido de la silla para desaparecer un minuto en ese cuarto, enseguida vuelve con un paquete y, con su tonada amable, le dice que si quiere quedarse en la estafeta a esperar que pase el temporal puede hacerlo:

—Se viene una brava, muchachita.

Mariana agarra la encomienda y firma, haciéndose la que no escucha. Rasga el papel para comprobar qué es. ¿El cuaderno de recetas?, se pregunta, irritada, y enseguida recuerda que ella misma lo pidió hace un tiempo, porque la tía Elsa le había prometido enseñarle trucos para hacer los platos que más le

gustaban si conseguía que su madre se lo hiciera llegar. Trata de conformarse, mientras hojea con rapidez las páginas y los recortes y entonces descubre un sobre. Lo saca. Carta de Alejandro.

—¿Buenas noticias? —dice el viejo.

—Cómo puedo saber —responde, parca; y camina hasta la puerta sin despedirse ni saludar. Qué le importa al tipo la clase de noticias que le llegaron a ella.

Cruza la calle hacia la plaza. Le disgusta esa complicidad de Alejandro con su familia, como si todos fueran parte de un clan, o un tribunal de faltas. Los imagina reuniéndose los fines de semana, frente a las picaditas de gruyère y gorgonzola, sus vasos de Gancia con limón, pasándose las novedades de ella que obtienen por las cartas de la tía, su padre pidiéndole a Ale que tenga paciencia, asegurándole que su hija va a volver arrepentida: siempre tuvo una personalidad muy fuerte, es medio impulsiva, pero ya vas a ver. Se lo imagina a Alejandro preguntándole a su mamá: ¿Puede mandarle esta carta que escribí para ella, “suegri”?

Mariana se sienta en un banco. La gente huye hacia las casas. Abre el sobre y lee *ya pasó otra Navidad y pasó el Año Nuevo. Nunca pensé que ibas a tardar tanto en decidirme entre él o yo. A veces pienso que soy un pelotudo, como dice el marido de mi hermana. Pero voy a demostrarle que se equivoca. Estoy acá y sigo esperándote. Porque sé que un día, cuando te canses de soñar, el futuro...* Deja de leer. Dobla la carta en cuatro. Soñar. Qué poco entiende Alejandro lo que significó Luis para ella. No es dejar de soñar lo que estuvo intentando desde que llegó a este pueblo de mierda. Es una tarea casi física y moral, dejar de ver en el mundo la posibilidad de respirarlo.

Mete la carta en el sobre. ¿Deberá confesarle, cuando venga a buscarla, que siente aún a Luis adentro? Aunque sea un resto, sí, pero un resto que en cualquier momento puede estallar como las minas de guerra en las películas, que hacen volar todo si uno pisa en el lugar equivocado. Como ahora, con esa canción

idiota, cómo nunca se le ocurrió cantársela. *Toda mi alegría eres tú, así, así, eres tú.* Qué le hubiera dicho él, con toda esa bestialidad de estudios musicales en la que fue criado desde que era un nenito, cómo hubiera reaccionado escuchándole decir: quiero dedicarte esta canción a vos, porque es la verdad, lo que me pasa. Él, que había sido punk en Londres, cómo la hubiera mirado. Ahora ya no habrá oportunidad de saberlo. No si quiere vivir como una persona normal.

Guarda el sobre y el cuaderno en la mochila y baja por el camino del pueblo hacia la ruta. Detrás de las Altas Cumbres se ve un cielo demasiado oscuro. El viento ha comenzado a soplar con ráfagas violentas. Del suelo se alzan hojas en súbitos remolinos. La poca gente que queda por el pueblo corre a meterse en los autos. Se escucha el golpe de las puertas, los motores que aceleran. En quince segundos Mariana se encuentra sola, único testigo de una escenografía convulsionada. Qué espera para empezar a correr hasta lo de la tía.

Pero de pronto advierte que no es miedo lo que la invade sino que toda esa amenaza climática le transmite impulso, como si el cielo, los árboles, ese viento huracanado la estuvieran animando: llegó la hora de poner fin al vínculo con Luis, de liquidarlo. Un cierre definitivo y circular, ¿o no hubo siempre algo entre ellos dos los días de tormenta? ¿O no fue un día de temporal cuando estuvo a punto de entregarse otra vez, hace poco más de un año, mientras Ale y Black conversaban boludeces en la cocina de Almagro? Ahora ella está ahí, detrás de las cumbres, en un pueblo que Luis no podría hallar por más que se esforzara, y no hay ninguna posibilidad de encuentro, ni ahora ni nunca. Pero incluso esa zona, libre de su presencia, parece contaminada. ¿O se estará volviendo loca otra vez inventándolo en cada música, en cada estado del tiempo, en todas las cosas? Si logra pasar esta tormenta sin esconderse, si logra el desafío, entonces estará curada, y podrá vivir en paz con Alejandro. Tiene que conseguirlo, ahora.

En vez de seguir en dirección hacia lo de su tía, gira y avanza hacia el otro lado. Debe llegar al bosquecito, confrontar al cielo en ese mismo lugar al que tantas veces fue para que nadie la viera llorar. Pasa el puente con el arroyo y ve las ramas de los sauces agitarse como brazos hacia el agua y un instante después hacia las nubes. Una chata avanza rápido por la ruta y le toca bocina. Mariana siente el pelo alborotarse y los ojos llenándose de polvo y polen. Sonríe, presa de un ansia que le da ganas de desnudarse ahí mismo, en la banquina, se siente atravesada por el sabor a victoria.

Pero cuando dos minutos después unas gotas de lluvia pesadas como plomo comienzan a caer sobre su cabeza y los hombros, y el zumbido del viento la golpea, mareándola, se pregunta por qué ir hacia lo que se supone es la peor opción bajo un temporal, ¿o no ha escuchado tantas veces jamás buscar cobijo en los árboles cuando hay rayos? Retumba la estampida de uno detrás del bosque. Ya es tarde para pegar la vuelta y correr hacia lo de su tía. Recuerda que allá arriba, pasando el monte, está la salita de primeros auxilios que la gente pobre de la zona usa como hospital o vacunatorio. Podría refugiarse ahí. Apura el paso, casi corre sobre la pinocha humedecida. No es miedo lo que siente, pero sí la certeza de estar en peligro. Llega al camino que sube y empieza a treparlo como un perro, en cuatro patas, algo se le está yendo de las manos. Sólo debe pensar en eso: un techo donde guarecerse. Después podrá decir que se perdió, que la asaltaron, que... Se le cruza la idea de que Luis haya tenido un accidente en alguna ruta cercana y lo hayan traído a la salita a darle los primeros cuidados, quizá sea por eso que está yendo hacia el lugar. Siente que el pensamiento la humilla, la avergüenza. Pero sigue trepando, apostando la dignidad que le queda a ganarle a la tormenta.

Está a doscientos metros de la construcción cuando empieza el temporal. En medio minuto su ropa y la mochila pesan como si llevara piedras, la lluvia no la deja ver pero sigue subiendo. Siente un frío como no recuerda haber sentido desde hace

tiempo. El corazón escapándosele por la boca. Corre y trepa, de reojo ve una luz al costado, sobre el bosque. Alcanza a ver el fogonazo de un rayo bajando por un roble hacia la tierra. Enseguida, la explosión.

Todo parece acabar, fundirse en un aturdimiento al que su cuerpo responde con un temblor espasmódico. Hay un silbido en sus tímpanos. Le duelen las mandíbulas, los brazos, el cuero cabelludo. Tarda en advertir su posición: de rodillas sobre la hojarasca y la pinocha, en la tierra. Intenta pararse y no puede. Cierra los ojos. Ve desfilan las imágenes de las tormentas que vieron juntos, que mojaron esa cara que no pudo olvidar. Comienza a lloriquear, ahora mirando en dirección al roble del que aún sale fuego, el tronco negro de lo que fue un árbol sano y vigoroso. No es miedo lo que siente sino odio hacia el tipo que le jodió la vida. Luis fue eso nada más, se dice: un fogonazo que quema.

Aunque toda la gente que está fuera de la discoteca lleva ropa de verano, chicas con breteles y minis, perfumadas hasta la náusea, Luis siente frío cuando sale del boliche. El cuerpo le duele como después de una paliza. Mal viaje, diría Ronnie si estuviera ahí, pero el peruano se fue hace un par de horas con una pelirroja menuda y escotada, después de echarle su monólogo:

–Gringo, amigo –dijo aferrándole los brazos como para que no pudiera escapar–, tú sabes que yo jamás sería despreciativo con los friends o la family. Never. Pero el Destino manda. No me mires así, pituco, que no son cojudeces lo que te estoy diciendo, ¿o no fui yo el que estuvo ahí cuando te llevaba esa izquierda directamente al fondo, contra los arrecifes, ah? Misterdestiny. Pero no vengo a darte sermonitos, okey. Mira, pe, qué mujer me ha puesto el señor Destino la última noche. Así que me voy para la casa de tus papis, ¿okey? Quería decírtelo. ¿Te dejo unas pils ahí o te las arreglas?

Luis sabe que no es el efecto de ninguna pastilla de éxtasis

lo que le ha dejado esta sensación de entumecimiento, sino lo que ha dicho la vieja que le presentaron un rato después de que Ronnie lo dejara solo: tenés aura de huérfano. Se pregunta cómo es posible que lo afecten las cursiladas que dispara una dealer para conseguir clientes. No ve un buen final para esa noche solitaria. Pero regresar a la disco, a mezclarse entre los demás, tampoco es la solución. Tiene que haber algo más que caer en esa monotonía que conoce, media píldora y sintonía absoluta, contar los puntos que flotan en el espacio, bailar hasta ennegrecerse de luz, todo lo que ha venido haciendo en las últimas semanas, desde que volvió de Perú y que parecía funcionar hasta que esa vieja lo miró, hace un rato, y le clavó la frase como en un duelo a primera sangre. La herida suficiente para triunfar sobre el enemigo, para tenerlo ahí, comiendo de su mano, creyendo que con alguna de sus Wunderpillen le va a recomponer el aura, a curar su dolor. Tiene que olvidar a esa dealer, llegar a su cama y pasar la noche solo, enfrentar lo que sabe: la mujer con la que quisiera estar anda por algún sitio, lejos. Dos veces ha llamado a su casa, y Alejandro le dijo que ella sigue en Córdoba, que deje de molestar. Una mierda que tiene que asumir. Afuera o adentro de la disco, no hay más posibilidad de Mariana. Debe considerarla muerta, como a su madre. Aura de huérfano, so what. Que la vieja siga enarbolando sus dotes de vidente si le gusta ganarse la vida de ese modo.

Camina hacia el estacionamiento y siente el cielo negro cayendo sobre su humanidad. Toca meterse en la cama, soportar el bombeo rabioso del corazón y tratar de dormir, aunque eso signifique enfrentarse a esos sueños macabros que lo dejan sin vigor, sin esperanza. Escucha los pasos de alguien corriendo por detrás, y justo cuando gira para ver quién es siente las manos que lo toman de la cintura.

—¿Adónde vas? —dice una de las dos chicas con las que ha estado besándose hasta quedar con los labios cuarteados. No recuerda el nombre, sólo el lunar que ella tiene sobre el muslo

y que él había admirado asociándolo con el mapa de una isla. Viste que parece un delfincito, tendría que dibujarle el agüita alrededor, había dicho ella levantándose la pollera para mostrarlo. Ahora la chica le ofrece una botella de agua fría.

Él bebe un buen trago, pensando cómo se la quitará de encima. Trata de aflojar las mandíbulas. Le pide perdón, aunque no hay razón para hacerlo, no le debe nada a ella ni a su amiga. Alguien dijo alguna vez que los británicos se la pasaban pidiendo perdón y permiso. Es claro que el que dijo eso no conoció a su padre. Él le acaricia el pelo, un gesto rápido y amistoso, que suena a despedida: Nos vemos, ¿sí? Se escucha pedir. Pero ella saca la lengua y la mueve como un pequeño tentáculo que se aproxima a su boca.

–Me encanta que seas así.

–What?

–Ese acento tan british –dice ella y le muerde los dedos–. Me doy cuenta enseguida: o sos inglés o fuiste al Newton como mi primo. Te lo pregunté, ¿no?

Luis trata de entender qué es lo que está pasando.

–¿Ves? Ponés esa cara de nene malcriado. ¿Qué pasa, lindo? –continúa ella.

–Me siento mal, ya te dije, tengo que meterme en cama.

–Ey, tudo bem, te acompaño –le hace cosquillas metiendo las manos bajo su remera–. Vas a ver cómo te curo las nanis, así nos decía mi abue cuando estábamos enfermitas.

Lo ha venido persiguiendo así, con diminutivos y comentarios sobre cosas que a él francamente no le importan. Pero no puede reaccionar, no sabe cómo. Nada de lo que hace lleva la dirección que se propone. Y el bruxismo lo está matando. Avanza hasta el auto mientras busca el modo de repetirle: no me siento bien, para que en el idioma de la rubia signifique me voy a casa sin compañía. Está tan agotado de esas intrusiones, las decisiones que toman sobre él los demás, vení que te presento a tal, vamos al balcón, fumá un poco de esto, tocame acá. Se siente un muñeco,

un hermoso cadáver, como alguna vez dijo su padre. Hace rato que ha perdido la ilusión de pasar algunas horas sin preguntarse cuándo es que se jodió todo. Porque lo sabe, carajo, lo sabe bien. Desde que Mariana lo dejó ha estado tratando de aferrarse a algo. Y aunque en Máncora, esas cinco o seis semanas, cuando enfrentaba al mar, cuando se erguía sobre su tabla inmerso en el sonido de la ola que lo envolvía como un útero, pudo creer por algunos segundos que valía la pena seguir, no esta noche. Toca el botón de la alarma, abre y se sienta en la butaca del auto. Su Florence Nightingale hace lo mismo.

–Me fascinan los Chrysler –dice.

No piensa contradecirla diciéndole que se ha subido a un Bentley, enciende el coche y arranca; la textura del volante lo distrae, tiene que intentar concentrarse, salir del estacionamiento sin llevarse a nadie por delante. Ella sigue disparando elogios a los detalles geniales del auto. Luis ve con algo de desesperación que la chica –de la que trata con toda la voluntad de recordar su nombre– ahora se quita las sandalias. Falta que diga la noche está en pañales, pibe, como decía Black, con ese modo arrabalero que usaba a veces, cuando estaba contento. Pero la chica está ocupada en otra cosa, parte una pastilla al medio, se mete uno de los pedazos en la boca y lo mira. Le apoya en sus labios la otra mitad. Luis los aprieta, negándose.

–Es una Herzfeil, honey –dice la rubia–. No se consiguen acá, las acaba de traer Roxana de Berlín.

Luis aparta la cara.

–Tengo. Me regaló un par.

–¡No! –chilla ella y se pone a aplaudir–. ¡No te puedo creer!

¡¡Me muero!! Tenés que darme una comisión, yo te la presenté.

Luis vuelve a ver la escena de hace un rato, la vieja invitándolo a sentarse a su lado, la chica que anuncia los dejo solitos para que charlen, guiña un ojo y se va, meneando la cola endurecida en gyms de la Zona Norte, orgullosa de haberle solucionado a él su problema: Necesito otra punta, el tipo que me vende pala la está

cortando mal. ¿A quién le comprás estas bolas? Ella entonces lo llevó de la mano hasta donde estaba la dealer de muchos políticos y gente del espectáculo. La vieja, después de quince minutos de conversación neutral, le pidió a él que la llamara Mami. Él se quedó observándola, sintiendo cómo se le aceleraba el pulso, sin animarse a preguntar por qué el apodo, cuando la vieja, con esa cruz enorme sobre la camisa de Versace, le apretó el brazo sobre la mesa del vip donde estaban charlando con otros personajes idiotizados por las luces y la noche para decirle: tenés aura de huérfano, se nota que andás necesitando alguien que te cuide. Después alzó su copa y volvió a sonreírle a un funcionario. Y él se fue hundiendo en una depresión tan enorme como un océano de sal.

Espera que bajen la cadena del estacionamiento. Ve que la chica –cómo es posible que no recuerde su nombre– arroja las sandalias a un costado con un movimiento torpe, pregunta si no tiene el disco de Blind Melon y se pone a cantar *No rain* mientras busca en la guantera. La tesitura de su voz le hace cruzar la idea de que podría ganar el primer puesto en una audición para la muñeca en *Les comptes* de Hoffman.

–Bajate –pide.

–Ey, ¿qué pasa?

–Bajate por favor, tengo algo que hacer.

Alguien toca bocina desde atrás.

Ella ahora lo mira con los ojos muy abiertos.

–¿Me estás hablando en serio?

Luis está atento a un auto que trata de ponerse a la par, de reojo puede ver el gesto de ella, se ha llevado la mano al pecho. Parece estar esperando que él vea eso. La mira y ella chilla:

–No te puedo creer, ¿me hiciste todo ese filo para que te presente a Roxana?

–¿Qué filo, boluda? ¿Estamos en una teen's party ahora?

Ella tarda un momento en reaccionar:

–No, no te puedo creer. –Se ha cruzado de brazos y mira fijo para adelante–. Sos un hijo de puta. ¿Oís?



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?